

LA REGIÓN EXTREMEÑA

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Ellos y nosotros

Como si no tuviéramos bastante con los insectos ordinarios de verano, se ha desatado ahora contra nuestra epidermis una nube tal de moscardones de la reacción, que no parece sino que la España progresiva y culta se halla en los estertores de la agonía y acechan el instante oportuno para caer sobre ella.

La legión oscura de neos que pululan en nuestra sociedad, han desatado las lenguas y las plumas con insolencia explicable, no bien han visto amordazados a sus naturales enemigos.

Las gallardías, las injurias y las imposuras les salen baratas en esta ocasión, y la cogen por los cabellos; como los valentones se engallan, estiran y vociferan en cuanto ven que el contendiente se halla bien sujeto; como las ranas sólo alborotan la charca cuando el silencio reina en derredor.

Ellos han pedido estos días en su prensa, al Gobierno, el exterminio de los anticlericales y de los republicanos, medio el más cómodo para no tener que refutarlos, poniendo así en acción aquello de «muestra el que no piense igual que pienso yo», que el autor de *La Marsellesa* aplica a los radicales. ¡Cómo se nos calumnia! Nosotros no queremos la gollería de que nos presente ningún Gobierno la cabeza de nuestros benignos reaccionarios, ni reducirlos al exterminio por nuestra cuenta, por la misma razón que ningún espíritu culto procura la destrucción de la fauna de un país. Bastante hará sobre ellos la acción inexorable del tiempo y del progreso, y día llegará en que la posteridad nos reproche la falta de un par de ejemplares disecados en cualquier museo. Hoy día les debemos ya el ser objeto de la curiosidad de los extranjeros, que nos consideran como un país pintoresco, y apenas trasponen la frontera, se frotan las manos de gusto en cuanto ven un chulo con coleta, y un fraile ó un cura con traje talar por la calle.

Nosotros aspiramos á persuadir; constituimos una especie de orden espontánea de predicadores laicos, que practicamos sin sueldo el culto de la civilización; sin sueldo y sin derechos, pues no bautizamos, ni casamos, ni enterramos, ni expendemos bulas, ni reliquias santas, ni aguas milagrosas. A los que vienen al mundo, á los que le abandonan y á los que quieren enlazarse matrimonialmente, no les hacemos pasar por ninguna aduana ni les aplicamos tarifa alguna; nos contentamos con redimir á los que nacen, no de un pecado anterior que los inocentes no han cometido, sino de la servidumbre ulterior de la ignorancia, alma del fanatismo; preconizamos para los otros la consagración del amor y de la ley, y la satisfacción de haber practicado las nobles virtudes humanas á los que dejan la vida.

A este culto ofrecemos el sacrificio de nuestro tiempo, y con frecuencia también, de nuestra tranquilidad. La única deficiencia que se nos puede imputar, es que no lo hacemos de modo permanente, pero esto mismo proclama nuestro desinterés, pues bastante menos haría el ejército clerical si tuviera que hacerlo de balde.

En resumen: hemos querido expresar, estableciendo entre nuestros adversarios y nosotros un paralelo, que «envenenamos las almas» con más nobleza, porque no atacamos á mansalva, con más desinterés, porque no cobramos por ello, y con superior sinceridad porque no lanzamos embustes para cerrar luego los labios á las impugnaciones de la verdad. Y dicho esto, dediquémonos un rato á nuestra tarea de envenenadores de almas, ya que por desgracia suya no nos han fusilado aún para evitarlo, como bravamente tienen solicitado del gobierno del Sr. Maura.

Los que no engañan al pueblo

El periódico jesuíta suele hablar con frecuencia de los que según él engañan al pueblo, y con ésta muletilla encabeza muchas veces sus artículos editoriales. Nosotros, al hablar hoy del *Noticiero*, hablaremos de los que no engañan á nadie, no por falta de intención, sino porque su sistema, solapado y burdo á la vez, pone á cada paso de manifiesto sus miras inconfesables.

Los jesuitas, que abandonan el hábito cuando les conviene por una razón de táctica, establecieron hace unos cuantos años en Badajoz para explotar el negocio de las harinas, bajo la apariencia de unos particulares cualquiera. Para mejor servir el negocio crearon luego un periódico que desde un principio reveló su procedencia en el vaciado reaccionario de sus doctrinas. Órgano de una explotación industrial y de un partido político-religioso, no sabemos si la doctrina se hallaba destinada en él á distraer y servir de tapadera al negocio ó si éste había de servir de base á las futuras expansiones de su cautelosa obra reaccionaria. Ambas cosas pudieron ir, sin embargo, hermanadas en el propósito, porque ambas se complementan en el ideal de la compañía *ad majorem Dei gloriam*.

Ese periódico, no tendría, según dijo, definido político de ningún género, antes bien, venía á establecerse graciosamente entre nosotros con fines altruistas, el de favorecernos con una excelente información mundial, brindando «noticias prematuras» al buen lector, y el de proporcionar datos *exactos y desinteresados* sobre los precios reguladores de los mercados de cereales. De cómo ha venido cumpliendo esa misión de carácter mercantilista, nada diremos, porque nada podríamos decir que no sea del dominio de agricultores y negociantes. Sólo se dijo y se dice, que los gastos del periódico superan bastante á sus ingresos; sostenerlo en esas condiciones, aunque produzca extrañeza y dé margen á la fantasía de los maliciosos, no es sino una prueba concluyente de los mencionados fines altruistas.

Andando el tiempo, el *Noticiero* se enfrascó en la tarea de fulminar anatemas contra todos los partidos políticos, imputándoles todas las desventuras de la patria, lo cual pareció á muchos una confirmación de su anunciada carencia de significado político. Pero de buenas á primeras, salió defendiendo el regionalismo, esa reacción que amenaza la integridad del territorio patrio representada, según palabras de Castelar, por «las masas faciosas reaccionarias, quienes trocando las armas del combate por las armas del dolo se sienten esperanzadas de ganar con un absolutismo disfrazado en las mansiones religiosas el franco y claro que han perdido por los desengaños carlistas en las selvas y en los campos.»

Una vez arrojado el antifaz, gastáronse el dinero en llevar representantes suyos á la Diputación y al Ayuntamiento; y hé aquí como los hijos de la Compañía de Jesús, condenados por los mismos Papas, expulsados varias veces de España y actualmente de todas las naciones cultas, vuelven solapadamente á instalarse entre nosotros abandonando con frecuencia el hábito, temerosos de una nueva desamortización y de futuras é inevitables proscripciones y dedicándose á la explotación industrial, que fuera lo de menos si no lo utilizaran como base de operaciones y fuente de dominación para ingerirse en la vida política española socavando arteralmente en su provecho los fundamentos del actual régimen constitucional y parlamentario constituido á base de la nacionalización del Estado.

Así se les vé á ellos, enemigos de la libertad política, hablar de fueros y libertades regionales, de igual manera que siendo adversarios de la libertad de enseñanza defienden la libertad de las corporaciones

religiosas para enseñar; y es que en materia de libertad no reconocen más que la suya erigida en privilegio. Abrazan el regionalismo porque las diferencias geográficas, de hábitos, de sentimientos y de cultura de las regiones españolas les permite aspirar al poder político en algunas comarcas sin el inconveniente de un espíritu nacional igualitario y democrático traducido en leyes é instituciones cónicas para todo el territorio.

De esos propósitos y aspiraciones es órgano el *Noticiero*, y á ese fin conspiran los titulados regionalistas que, faltos de escrúpulos en la elección de medios no repugnan unirse hoy con los que aborrecieron ayer con tal de obtener cualquier ventaja. Pero se engañan miseramente si acarician la esperanza de hallar libre el campo de la acción; aún descontando las defecciones de la cobardía y del egoísmo, siempre les atajaremos el paso los hombres de espíritu y de conciencia para quienes la causa de la libertad, de la democracia y de la cultura es la causa de la patria.

ENSEÑANZA QUE ENVENENA

Con este título publica el *Noticiero* un artículo en el que transcribe lo que, según el manifiesto de los senadores y diputados regionalistas, se enseña en las escuelas laicas. No hemos leído ese manifiesto y no sabemos si el que miente es el manifiesto ó el *Noticiero*, pero el que sea falsa á sabiendas la verdad, al afirmar que eso se enseña en las escuelas laicas, puede estar escrito en alguna parte, hasta enseñarse en alguna escuela anarquista, pero no se enseña en las escuelas laicas ó simplemente neutras, y le invitamos á probarlo.

Las máximas de referencia, que dan el concepto de patria y ejército son, en forma grosera, una síntesis de los principios que el anarquismo teórico ó científico profesa respecto de dichas instituciones. Condena la idea de patria agigantándola, haciéndola tan grande como el conjunto de los pueblos, y sueña con la supresión de los ejércitos llevado de un ideal generoso de paz y fraternidad universal. Esto, que en teoría es un bello y generoso ensueño, es abominable cuando se aplica á la patria y al ejército como instituciones del presente, porque es prostituir un ideal agitándolo como bandera en el fermento de los odios sociales y traduciéndolo á las formas menos nobles y más violentas del lenguaje. Eso es lo que enseña y lo que hace el anarquismo revolucionario.

Las escuelas laicas, son escuelas neutras, porque en ellas se prescinde de toda enseñanza religiosa, pero no se enseña nada contra Dios ni contra religión alguna, y no se da enseñanza religiosa por que eso es ejercer una coacción sobre la inteligencia del niño cuando no se halla en estado de razonar y de escoger. El hijo de padres protestantes es por eso protestante, por que le enseñan esa religión como la única verdadera, y lo propio sucede con el mahometano y con los que profesan cualquiera de las numerosas religiones inferiores. Dándose, en cambio, la enseñanza religiosa en la edad de perfecto discernimiento, y dándola sin exclusivismos, esto es, mediante un estudio comparativo de las religiones, cada cual puede optar por la que mejor le parezca ó no decidirse por ninguna. Pero esto, que es enseñar racionalmente, no lo puede llevar con paciencia la Iglesia, y de aquí sus diatribas contra la enseñanza laica, la única digna de hombres conscientes, la única que no deprime la inteligencia, ni cierra el paso al raciocinio, ni corta de raíz los vuelos del pensamiento.

Las escuelas laicas han preparado en Francia esa generación que desbarató los criminales manejos del clero y de los reaccionarios de todas castas que preten-

dieron resucitar los odios religiosos, acumulando multitud de pruebas falsas para lograr una condena de traición contra Dreyfus.

Los anarquistas y los neos se dan la mano en eso del antipatriotismo, pues si los primeros aspiran á suprimir fronteras, los segundos son los defensores de esas Ordenes religiosas que, haciendo política, se extienden por toda la superficie de la tierra y no reconocen más soberanía ni más poder que el de Roma, y cuando el Estado, en uso de su facultad soberana, dicta leyes que les perjudican, se ve el intolerable espectáculo del clero secular y regular y todo el ejército negro, secundando las órdenes de Roma, predicar desde el púlpito y desde su prensa la rebelión á las leyes y organizar la resistencia. Todos esos son los soldados del Papa. No ha mucho predicaban en Francia la guerra santa, se reclutaban batallones sagrados para formar guardia alrededor de los conventos y se veía el espectáculo inaudito de que los amotinados por los párrocos y los frailes levantasen barricadas, desde lo alto de las cuales lanzaban sobre el ejército cubos enteros de excrementos.

Su estúpida y salvaje intolerancia se revela en el discurso del padre Didon, pronunciado con motivo de un reparto de premios delante del general Samont: «Es que no puede haber libertad de pensamiento—decía—desde que se proclamó por la Iglesia la infalibilidad del Papa, lo mismo en materia de dogma que de costumbres? Luego, volviéndose al ejército, predicaba el exterminio sangriento de los que profesaban la libertad de pensar y decía: «vosotros, el ejército, ultrajado por la presencia de los judíos en las filas, seréis el órgano de esas represiones». Afortunadamente falló aquella inmensa iniquidad de los que, en nombre de Dios y de la religión, urdieron la trama del proceso Dreyfus para concluir con las instituciones democráticas de Francia y coronar un César consagrado y protegido por el Papa.

Y ya que el *Noticiero* habla de moralidad en las máximas de la enseñanza, reproduzcamos, para edificación del lector, algunas de las proposiciones de la moral jesuítica, creada después del Concilio de Trento y que tuvo que ser condenada por los Papas:

- No es en sí injusto recibir el precio de muchas misas y no decir sino una.
- Apenas se encontraría, ni aun entre los reyes, quien tenga nada supérfluo, y por tanto, esté obligado á dar limosna.
- Se puede matar á un ladrón hasta por un escudo que robe.
- Como es probable que un feto no comience á tener un alma racional sino al nacer, ningún aborto puede calificarse de homicidio.
- Es permitido á un cura ó á un religioso matar á los que le amenacen con descubrir un crimen suyo ó de su comunidad.
- Es dudoso si un religioso, después de haber abusado de una mujer, no la pueda matar si ésta quiere publicar lo sucedido.
- Aquel que sea condenado por el Papa puede ser asesinado donde quiera.
- La mujer adúltera con el consentimiento de su marido no es adúltera.
- Las religiosas pueden guardar con toda tranquilidad el precio de su prostitución con clérigos, con tal que ese dinero sea para la comunidad.
- Todo el que se obligue exteriormente por palabra ó por escrito y que no haya querido hacerlo en su interior, no se compromete en conciencia y puede en secreto rechazarse la obligación.
- Los jesuitas han inventado esa moral, y si al presente no pueden ponerla en práctica en todas sus partes, es porque pasaron los tiempos en que poseían el arma de la Inquisición y disfrutaban de omnímodo poder.
- ¿Cómo semejantes seres han de poder formar pensadores, hombres de familia, ciudadanos, como decía Laurent, ellos, los esclavos del dogma del celibato y de Roma?

EPISODIOS HISTÓRICOS

ASALTO Y SAQUEO DE CUENCA POR LOS CARLISTAS

El 13 de Julio de 1874, el hermano del pretendiente Carlos VII, D. Alfonso y su mujer doña Blanca, al frente de catorce mil hombres, pusieron sitio y entraron á sangre y fuego en la ciudad de Cuenca, defendida sólo por una guarnición de 700 soldados y voluntarios, que mandados por el bravo brigadier Iglesias se defendieron con legendario heroísmo.

Los carlistas penetraron en la ciudad al toque de degüello, cometiendo toda clase de atentados, dando gritos y exclamando: «Para nadie hay cuartel.»

Las puertas de las casas fueron destrazadas á tiros y hachazos; los muebles arrojados por ventanas y balcones; las alhajas y el dinero, arrebatados á golpes; ocultábanlos inmediatamente los ladrones en sus fajas y morrales; las provisiones de las despensas eran devoradas y después de ahitos destrozaban, por gusto, las que quedaban; apoderábanse de la ropa blanca y se la ponían, dejando en cambio á los robados sus harapos llenos de la sangre de la matanza y de picjos; rompían en los casinos mesas, espejos y botellas; y en los templos robaban las ropas y preseas de las veneradas imágenes. Se llevaron un valioso pectoral de oro y pedrería fina de Nuestro Padre Jesús; dos mantos de terciopelo de San Juan y una corona; rosarios y diadema de plata de la Virgen del Puente; varios copones con hostias, que tiraban; y muchos cálices y vasos sagrados.

Tres días duró el saqueo y la anarquía carlista, pues los jefes, en vez de contentar la chusma, sólo se ocupaban en buscar dinero.

Los mismos carlistas se robaban unos á otros. Cambiaban, entre sí, por objetos de campaña, los relojes, cubiertos y sortijas recién robados, ó los vendían por cualquier dinero á las beatas más ó menos jóvenes que por fanatismo se prostituían y les acompañaban, animándoles en sus rapiñas y atropellos.

Hay que pasar por alto los atentados al pudor, las violaciones. Sería repugnante consignar aquellos crímenes sobre los cuales las infelices víctimas guardan un silencio que debe respetarse. Mezclados con una turba de beatas desarrapadas invadieron los carlistas el edificio del Instituto de 2.ª enseñanza, incendiaron el mobiliario de las aulas, destrozaron los libros de la biblioteca y arrojaron por las ventanas los instrumentos y objetos de los gabinetes de Física é Historia Natural, rompiendo á culatazos la máquina eléctrica, mientras gritaban como éngremenos: «Rompamos esto que sirve para dar los partes al gobierno.»

Una de las primeras víctimas fué el comandante de la reserva D. Enrique Escobar. Se hallaba enfermo en su casa y penetró en ella una turba desenfrenada, que después de coserle á bayonetazos, arrojó su cuerpo, aún con vida, por el balcón, sin escuchar las dolorosas súplicas de su pobre madre, que hirieron en un brazo.

Cuando el cuerpo del infeliz Escobar caía pesadamente en el arroyo, acertó á pasar doña Blanca á caballo. Aquella furia ebria de sangre, contempló con feroz sonrisa el cadáver del pundonoso militar é hizo pasar sobre él muchas veces los cascos de su cabalgadura hasta destroz inhumanamente aquellos restos, en medio de las encanalladas turbas carlistas.

Divididos en grupos marchaban los facciosos por las calles, entraban en las casas á pretexto de buscar armas, las saqueaban; violaban á las mujeres y apaleaban á los niños.

Aterrada la población por tantos horrores y viendo que seguían los fusilamientos de personas inocentes é indefensas, se acordó que una comisión de señoras con el alto clero se acercase á la catedral, donde los titulados príncipes D. Alfonso y su mujer doña Blanca estaban recibiendo la comunión de manos del obispo!!! para suplicarles que cesaran los fusilamientos y se rebajara la cuota de dos millones de contribución que habían impuesto.

Los príncipes contestaron: «Que los soldados carlistas necesitaban alguna expansión.»

Mataron, en su casa, á un alpargatero en presencia de su mujer y de sus hijos.

Dieron muerte á un alguacil del Ayuntamiento, de un bayonetazo en el pecho, y los asesinos se reían al ver los borbombones de sangre que salían de la herida.

Otro grupo de asesinos dió muerte en los brazos de su madre á un joven de 18 años, enfermo de viruela, porque á una beata se le ocurrió decir que era liberal.

A un joven vendedor de frutas, le arrastraron por varias calles; le mutilaron, le ensartaron con las bayonetas, y todavía vivo, junto al cuartel de San Francisco, le rociaron la cara con petróleo y le prendieron fuego.

Degollaron á un zapatero y con cruel refinamiento llevaron á su mujer é hijas un pañuelo empapado en su sangre.

A uno de orden público le cortaron la cabeza y como su mujer se negara á besar el sable, teñido aún en sangre, le cortaron con él los labios.

A un pobre cartero le ataron, cerca de la puerta del Postigo, le pincharon, le cubrieron de heridas y cuando el infeliz agonizaba, una beata le labó la cara con un pepino, lo que celebró, con gran alborozo, la canalla religiosa.

Por asesinar, hasta asesinaron á dos carlistas; al uno porque no abrió pronto la puerta de su casa, al otro por negarse á cargar con un cadáver.

Al jefe del partido en Cuenca le abrieron la cabeza de un sabazo.

Incendiaron el Gobierno civil, los archivos de la Diputación, Tesorería y Hacienda, la plaza de toros, con muchas casas vecinas y muchos edificios en la carretera del Castillo.

En la plaza de toros se apoderaron de varios fajos de banderillas de fuego y se las clavaron á los caballos que por enfermos ó débiles habían sido desechados.

Los pobres animales, enloquecidos por el dolor, corrían por las calles con grande algazara de las salvajes hordas de «Dios, patria y rey».

En medio de tantos horrores, los titulados príncipes salieron á recorrer la ciudad con banderas y músicas. Doña Blanca iba á caballo, con un peadón en la mano y llevando al pundonoso brigadier Iglesias, gobernador militar de la plaza, atado á la cola del bruto que guiaba.

¡Qué días de horror aquellos! Nada se respetó. La ancianidad fué atropellada; el puñal se hundió en el pecho de seres indefensos; las mujeres, de cualquier edad, fueron violadas ante sus esposos, padres ó hijos, y luego degolladas, obligándolas antes á arrojar á la calle á los cadáveres de sus pequeñuelos ó los miembros destrozados de sus maridos.

El mismo obispo D. Miguel Payá fué insultado porque acogió en su palacio á varios voluntarios.

Siendo inútiles las súplicas del Ayuntamiento, de la Diputación y aun de algunos clérigos, para que cesara el incendio, la devastación y la matanza, los sacrilegios y las violaciones, se decidieron á implorar misericordia de aquellos príncipes católicos y bandidos, asesinos y ladrones, por medio del obispo D. Miguel Payá y Rico, quien tuvo que esperar, sentado en un banquillo de la portería, que aquellos miserables, á quienes había dado la comunión por la mañana, se dignaran recibirle.

El obispo se limitó á pedir que por lo menos se respetara la vida de los voluntarios, que él había, cristianamente, acogido en su palacio. «¡A gracias á Dios!» respondieron aquellos príncipes católicos, bendecidos mil veces por el Papa; «¡da gracias á Dios porque no hacemos contigo lo mismo que con ellos.» El obispo, dando por terminadas sus gestiones, replicó, en tono de enérgica censura, encarándose con la infame de doña Blanca: «De ese modo, señora, ni se conquistan reinos en la tierra ni coronas en el cielo!»

Estos datos rigurosamente históricos que no fueron recopilados y dados á la publicidad por ningún demagogo sino por un distinguido publicista monárquico, no se atreverá á publicarlos el *Noticiero Extremeño* ni los periódicos reaccionarios de Barcelona.

¡Qué á publicarlos! Si al menos osaran desmentirlos ó refutarlos!

Trozos de Voltaire

En el reinado de Teodosio, fué cuando quinientos frailes, ardiendo en un celo divino, fueron llamados por San Cirilo para venir á degollar en Alejandría á todos aquellos que no creían en nuestro señor Jesús. Sublevaron al pueblo y apedrearon al gobernador, que tuvo la insolencia de querer contener su santo fervor.

Había entonces en Alejandría una joven llamada *Hipatia*, que estaba mirada como un prodigio de la Naturaleza. El filósofo Theom, su padre, le había enseñado las ciencias y las poseía á la edad de 28 años. Los historiadores, aun los cristianos, dicen que tan extraordinarios talentos estaban adornados de una particular hermosura, junto á la más grande modestia; pero profesaba la antigua religión egipcia. Esto fué lo suficiente para que San Cirilo enviase á uno de sus diáconos, llamado Pedro, á la cabeza de los frailes y de otros facciosos á la casa de *Hipatia*; rompen las puertas, la buscan por todos los rincones en que podía estar escondida, y no hallándola, pegan fuego á la casa; se escapa, la cogen, la arrastran á la iglesia llamada *Cesárea* y la ponen en cueros. Los encantos de su cuerpo enternecen á algunos de estos tigres, pero los otros, considerando que no cree en Jesucristo, la apedrean, la destrozán y arrastran por la ciudad.

Por poco que se lea la Historia, se verá que no se halla en ella un sólo día en que los dogmas cristianos no hayan hecho derramar sangre, sea en Africa, sea en Asia Menor, en Siria, en Grecia y en las otras provincias del imperio.

Sería necesario que todos tuviesen en la cabecera de su cama un cuadro en el que estuviese escritos con letras gordas: *Cruzadas sangrientas entre los habitantes de la Prusia y contra el Languedoch; mortandad de Merindol; matanzas en Alemania y en Francia, con motivo de la reforma protestante; asesinatos de San Barthelemi; destrozos de Irlanda; muertes de los valles de Saboya y víctimas judiciales; horrores de la Inquisición; prisiones, destierros sin número, por disputas sobre la sombra del asno.*

Es evidente que la religión es una red en la cual los bribones han envuelto á los tontos durante diez y siete siglos y un puñal con el cual los fanáticos han asesinado á sus hermanos durante más de catorce.

LOS «ANARQUIZANTES»

NI DIOS, NI PATRIA, NI REY, NI LEY

Un nuevo vocablo se ha puesto actualmente en circulación: el verbo *anarquizar*, y de él, naturalmente, se deriva el sustantivo *anarquizante*.

¿Quiénes son los *anarquizantes*?

Para contestar á esta sencilla pregunta, se podrían escribir volúmenes y se vería cómo en la categoría de *anarquizantes* caben muchos elementos, que á todó trapo hablan de orden y de respeto á la ley.

Anarquizantes son los que, ocultándose hipócritamente bajo la máscara de cualquier mote, rinden culto á su política: *Ni Dios, ni patria, ni rey, ni ley.*

—Bien: esos serán discípulos de escuelas impías, educados en la lectura de periódicos y textos enemigos de la sociedad, que aspiran á la desaparición de todo régimen y quieren sumir á la Humanidad en el caos de la anarquía.

—¡Oh, los *anarquizantes* estos son otros!

Son los que ponen el Cristo por delante, lo mismo para hacer la propaganda de su periódico que para ganar unas elecciones, con ayuda de los pucherazos y la compra de votos; los que para dar salida á productos industriales y hacer el *boicot* al comerciante ó al industrial de creencias distintas, le ponen el veto por su irreligiosidad ó por no someterse á las imposiciones clericales; los que exigen papeleta de comunión á un obrero para darle trabajo; los que recomiendan al cre-

yente que no compre en los comercios que no se anuncian en sus publicaciones... y todo eso en nombre de Dios.

Los *sin patria*, son los que ponen por encima de todo los mandatos que vienen de Roma.

Los *sin rey*, son los que ayer lanzaron hordas asesinas al campo, ensangrentando y empobreciendo á la patria en las guerras civiles; después se hacen alfonosinos y adulan á Maura, esperando hacerlo todo lo clerical que quisieran, y al propio tiempo dicen que á ellos lo mismo les da que el régimen sea republicano, con tal de que jeso sí! sea una república clerical. Y ya mauristas, ya regionalistas, ya jaimistas ó clericales á secas, lo que siempre pretenden es ser ellos los amos y dar el golpe de gracia á la libertad, que arrecorecen... para los demás, no para ellos.

Los *sin ley*, son los mismos que ahora hablan de orden y de obediencia á las leyes y ayer los hemos visto en Francia predicar la sedición en contra de la ley de separación de la Iglesia y el Estado, y aquí en España los hemos oído tronar contra la cobardía (así decían ellos) de los católicos franceses, que no se lanzaron, fusil en mano, á luchar contra el gobierno republicano, que dictó una ley que les perjudicaba; y amenazaban con promover otra guerra civil si el proyecto de ley de Asociaciones llegaba á ser un hecho.

Y ese es el respeto á la ley que cacarea esa gente. Mucho respeto cuando esa ley sea para reventar al prójimo y favorecer á ellos, pero en cuanto pueda lesionarle en lo más mínimo ó no se amolde á sus exigencias, ¡ah! entonces bien truenan contra la ley y dicen que no hay que acatar las órdenes de un gobierno impío.

¿Qué produce más esta gente, indignación ó asco?

Esos, esos son los peores *anarquizantes*, y esos no salen de escuelas impías; esos figuran en la extrema derecha; son los CLERICALES que no tienen *ni Dios, ni patria, ni rey, ni ley.*

Palabras de Anatole France

Haciendo historia de las intrigas del clero cuando el proceso Dreyfus dice el eminente filósofo y literato lo siguiente:

«Con más energía que jesuitas y dominicos trabajaban los asuncionistas por la revolución santa. Era ésta una orden nueva fundada en 1850. Por sus maneras y por su incultura denunciaban su origen, su reclutamiento en las ínfimas capas sociales. Hacían alarde de su pobreza; decían que, como los pájaros del cielo, se alimentaban con los dones de la divina Providencia. Y sin embargo, eran dueños de catorce casas y de un capital que se contaba por millones. El que lo dude puede informarse leyendo el proceso que se les formó. Y es que se habían enriquecido con los milagros de San Antonio en estos tiempos de grosera devoción. De tan grosera devoción que por intermedio de los asuncionistas el buen santo encuentra á precios módicos los objetos perdidos y no solamente dinero, joyas, llaves... Sé de un propietario, en Burdeos, á quien el santo le hizo hallar, inquilino, para su casa y de una dama á quien proporcionó el amor que en vano buscaba. Con el fin de explotar el proceso Dreyfus, lanzaron á la circulación su periódico *La Croix*, que ostentaba como viñeta la imagen de Jesús crucificado. Este símbolo de amor cubría, bajo las apariencias de unción religiosa, un montón cotidiano de groseras injurias y de abominables calumnias. Al propio tiempo, las *Croix*, multiplicadas, aparecieron en todos los departamentos sembrando el veneno del ultramontanismo y la mentira en las almas sencillas de los trabajadores del campo. Fundaron cofradías para favorecer á los mercaderes católicos y reducir, por el hambre, á los comerciantes incrédulos...»

DIALOGO DE ACTUALIDAD

—De tal magnitud y horror han sido los hechos, que ni los tribunales se dan punto de reposo, ni la prensa cesa en el comentario, á pesar del tiempo transcurrido. Aunque usted es republicano y se trata de sus correligionarios, no le hago el agravio de creer que apruebe lo sucedido.

—En efecto, no lo apruebo, pero he de protestar de esa inculpación á los republi-

canos, desmentida hasta por las mismas autoridades de Barcelona, y que no es sino una de tantas imposturas como entran en la táctica de los reaccionarios, evidenciando una vez más su falta de escrúpulos de conciencia.

—¿Negará usted que los autores de la sedición han sido anarquistas y republicanos? ¿Han sido, acaso, de otro partido?

—No; no pueden pertenecer a otro partido, porque fuera del republicano y de un grupo cosmopolita de terroristas, que no constituyen partido, no hay otros en la capital de Cataluña entre la clase popular. Los mismos catalanistas son republicanos; los escasos carlistas, exhumados y abultados por la Solidaridad, no son más que un puñado de moscas, y de los liberales y conservadores, no existe más que plana mayor. Siendo esto así, todo acto realizado allí por las masas, tiene que ser llevado a cabo por ciudadanos que pertenezcan, en su casi totalidad, al partido republicano; pero ¿será por esto un acto republicano, un acto de partido? Un día se reúnen en manifestación para protestar contra el impuesto de consumos ó para pedir una modificación arancelaria; profieren gritos, se exaltan y promueven algún desorden; la policía les cierra el paso, intenta disolverlos y ellos resisten, alegando ejercitar un derecho; como consecuencia de la excitación de los ánimos, rompen algunos faroles, incendian un par de casetas de consumos y de los grupos parte alguna que otra agresión a la fuerza pública. Al ser presos los revoltosos, inquirida su filiación y hasta sus opiniones políticas, se descubre que son republicanos. ¿Podrá eso llamarse una protesta, una manifestación republicana? Pues algo como esto ha ocurrido en Barcelona, con motivo de la huelga y de la manifestación de protesta contra la guerra, y después del choque con la fuerza pública, bien pudieron servir de su organización revolucionaria para lo demás. En casos tales no se discute, dirígese cada cual a su objeto con la ciega acometividad del furor.

—¿Pero no ha leído usted que el movimiento estaba preparado desde Mayo?

—Eso es otra invención de los interesados en desnaturalizar la significación de los hechos, propalada después burdamente por la prensa nea, para darse el gusto de presentar como antipatriotas a los hombres que en nuestra política preconizan por higiene social una España libertada de ese instrumento de opresión y de incultura erigido en partido político y destruido ya de toda nación culta, que se llama clericalismo. El gobernador y el alcalde han dicho que el movimiento popular ha sido espontáneo, y su finalidad, la de protestar de la guerra. Las colisiones surgieron cuando se quiso disolver la manifestación, y el pueblo hizo resistencia; aún así no se batió sin escrúpulo y sin vitorear al ejército, como ha hecho público el mismo capitán general de Cataluña.

—Y los incendios de conventos y las matanzas de religiosos, ¿no revelan ser concebidos de antemano?

—En primer término, no han existido tales matanzas, como dice la prensa nea, mintiendo descaradamente; las contadas agresiones a algún religioso, han sido ocasionadas en la reciprocidad de la lucha, y en segundo término, es absurdo sostener que los protagonistas de los sucesos tenían concertado un plan revolucionario, á fecha fija, como si hubieran adivinado lo que había de ocurrir en Melilla. Además, no hay necesidad de imputar la destrucción de los conventos á ningún partido político, porque cuando la matanza de frailes en 1835, tomó parte todo el pueblo, y entonces no había todavía en España partido republicano. El odio á los frailes, ha sido siempre instintivo en el pueblo. Ahora y siempre que contra ellos se intente algo, no hay que atribuirlo sino á la creciente indignación con que el pueblo ve los manejos y las intromisiones del clero en la vida política de la nación, causa determinante de nuestro atraso y de nuestra incultura. Cuando en 1837 se expulsó perpétuamente de España á las órdenes religiosas, ni sus más ardientes partidarios se atreverían á esperar que con el tiempo volverían á establecerse, como ahora lo están, en contra de la voluntad del país. El católico y reaccionario Narváez decía en una comunicación al Vaticano: «El Gobierno no podría restablecer las órdenes religiosas sin producir una revolución funesta...» Todas las cuestiones habidas desde los Reyes católicos, hasta el presente, entre España y el Vaticano, por cuestiones de jurisdicción y regalías de la corona, se han trocado ahora en serviles complacencias, humillantes y vejato-

rias para la soberanía del poder civil, y es que entonces los monarcas procuraban sacar incólume su soberanía, al paso que casi todas las actuales monarquías, con suicida inspiración, creen mejor resistir á la acción demoleadora del tiempo, apoyándose en los enemigos tradicionales del progreso. Es la táctica errónea del egoísmo; la solidaridad de los que sólo confían su conservación al estancamiento social.

—Es que las órdenes religiosas son personas sociales, seres de existencia legal que tienen un perfecto derecho á existir.

—Ese pretendido derecho lo derivan exclusivamente de la ley, autora de la ficción que los eleva á personas jurídicas, partiendo del supuesto de la licitud de sus fines, pero que asimismo puede negarles personalidad ó disolverlas, por considerarias atentatorias á la armonía y al progreso social. Esto, por lo que afecta al derecho, que bajo el punto de vista moral, no cabe decorosamente transigir con ellas. Pretenden ejercer el monopolio de la enseñanza y no hacen más que ser fanáticos é hipócritas; dicen tener el depósito de la perfección y de la moral, y su historia es una historia de vergonzosas immoralidades, y sus residencias centros de conspiración política. El manifiesto del general Espartero, en repuesta del Gobierno al papa, dice que «los eclesiásticos, así regulares como seculares, son frecuentemente autores y fautores principales de alboroto y sedición, acaudillando á los rebeldes y dirigiendo el saqueo de los pueblos y los estragos y muertes en sus pacíficos moradores, y las casas religiosas se hacían centros para urdir conspiraciones, y los templos se convertían en almacenes para ocultar allí municiones de guerra.» Y en apoyo de nuestra opinión, hay numerosos testimonios de autoridades eclesiásticas. El cardenal Cisneros, ese gran cardenal invocado no hace mucho por el *Noticiero Extremeño*, decía «que los frailes están relajados y hay que reducir su número.» El obispo de Badajoz, en 1624, decía «que extinguir monasterios está tan lejos de ir contra la piedad, que antes bien, es la piedad misma la que ordena su extinción.» El obispo de Châlons acusó á los clérigos de impulsar, por codicia, á las mujeres á entrar en la religión, con el fin de que den sus bienes á la Iglesia. «Los conventos de mujeres jóvenes son lupanares», decían los padres del concilio de Avé (836). El papa Gregorio XII dice en una bula que el libertinaje entre religiosos de ambos sexos se había extendido de una manera alarmante. El concilio celebrado en París en el año de 1212 prohíbe de nuevo á los monjes que duerman juntos y expresa el por qué. Sería interminable y ocioso seguir esta enumeración. Sólo recordaré, por tratarse de un caso de actualidad, que mientras se discutía, hace dos ó tres meses, la enseñanza religiosa en la Asamblea verificada en Valencia, con motivo de su exposición, se presentó en un juzgado una denuncia, que publicaron los periódicos, contra immoralidades repugnantes cometidas con un educando por un hermano marista, de esos que se dedican á la enseñanza. Hechos así, que tan elocuentemente hablan contra la moral que las órdenes religiosas ponen en acción, los publica con frecuencia la prensa librepensadora y alguna que otra vez los grandes periódicos, pero jamás la prensa nea, que tiene buen cuidado en ocultarlos y, auxilia á de los clérigos, prohíben la lectura de los periódicos impíos. Si estos hechos se divulgasen, no serían muchas las madres que enviarían á instruir sus hijos á esas casas religiosas.

—Todo cuanto usted diga y todo lo que propalen los apóstoles del librepensamiento, será inútil para apartar al pueblo de su fe y del amor santo de sus venerandas tradiciones.

—No tan inútil como usted cree; la ilustración del pueblo es lenta, pero se abre camino inevitablemente; ante su influencia benéfica, se irá disipando el fanatismo, que es ignorancia, lepra del alma nacional. En cuanto á la tradición, ella es en los pueblos atrasados el principal factor de inmovilización y estacionamiento. «Queremos creer y hacer lo que nuestros padres», es la fórmula de la barbarie, signo evidente de inferioridad. Los salvajes, que por tradición se arruinan en un banquete fúnebre ó en un festín de bodas, no tratan de sustraerse á ese yugo, y el que quiere evitar un gasto demasiado grande, halla más sencillo matar á su hijo que casarla sin cumplir una obligación tradicional.

Hoy, según los datos oficiales muy inferiores á la realidad, hay en España 597 comunidades religiosas de varones con 10.630 frailes, y el número de monjas alcanza la cifra enorme de 40.030.

La moralidad de los Papas.—El *Noticiero*, que frecuentemente habla de moralidad en el teatro, moralidad en las costumbres y moralidad en todas partes, no ha hecho jamás alusión á la moralidad de los Papas. Vamos á subsanar su falta.

Según hace constar Maquiavelo, César Borgia hizo asesinar á Vitellozo Viteli, Oliverotto da Fermo, Pagolo y Francisco Orsini. Mientras Borgia hacía quitar la vida á éstos, el Papa Alejandro VI, su padre, hizo arrestar al cardenal Orsini, pariente del duque de Gravina y confiscar todos los bienes de esta ilustre casa. El Papa se apoderó de todo el mobiliario, y se quejó amargamente de no hallar entre los efectos una gruesa perla, estimada en dos mil ducados y un cofrecito lleno de oro que sabía estaba en casa del cardenal. La madre de este desgraciado prelado, de edad de ochenta años, temiendo que el Papa Alejandro, según su costumbre, envenase á su hijo, vino llena de temor á traerle la perla y el cofrecito, pero su hijo estaba ya emponzoñado y daba los últimos suspiros.

Era una costumbre en los siglos de rapiñas, de guerras particulares, de crímenes, de ignorancia y de superstición, que un señor débil, para estar al abrigo de la rapacidad de sus vecinos, pusiese sus tierras bajo la protección de la Iglesia, y comprase esa protección por medio de algún dinero, arbitrio sin el cual jamás se ha conseguido nada. Estas tierras se reputaban entonces sagradas, y cualquiera que hubiere querido apoderarse de ellas, estaba excomulgado.

Alejandro VI, que cometió incesto con su hija Lucrecia Borgia, celebró un famoso festín, durante el cual, cincuenta cortesanas desnudas cogían castañas variando sus posiciones para divertir á Su Santidad.

El Papa Sixto III fué acusado por un presbítero de incesto y de violación cometidos en una religiosa.

El Papa Juan VIII mereció el nombre de mujer por la especialidad de sus vicios.

Al Papa Sixto IV se le acusó de adulterio en pleno concilio.

El Papa Pelagio II murió de una enfermedad vergonzosa.

Garmoso es desenterrado por su sucesor Estéban VII, que le hace cortar la mano y la cabeza antes de arrojar su cuerpo al Tíber.

Estéban fué extrangulado por sus crímenes.

Juan XII vendió la mitra, hizo mutilar á un cardenal. Sus crímenes obligaron á un Concilio á deponerle por *homicidio, incesto, sodomía, sacrilegio y brujería*. Murió á manos de un marido en una cita adúltera.

Bonifacio VII hace estrangular á Benito VI, sacar los ojos y morir de hambre á Juan XIV.

Juan XVIII envenenó á Juan XVII y muere á su vez, envenenado, por Benito VIII, ministro de inaudita crueldad.

Benito IX vendió la Santa Sede después de ser dos veces arrojado de ella, volviendo á recuperarla por envenenamiento de Clemente II.

El número de Papas simoníacos es inacabable, y la Iglesia no ha hecho, durante siglos, más que organizar sangrías contra la cristiandad. Cuando Juan Huss y Jerónimo Praga se levantaron contra estos abusos, la Iglesia los envió á la hoguera.

LOS MAESTROS DEL SAQUEO

Lo que hace hoy el pueblo contra el clero y la Iglesia, es exactamente lo que hicieron antes los emperadores y los reyes contra los papas. El catolicismo emperador Carlos V envió sus soldados á contener al soberbio papa Clemente XII, que le disputaba su autoridad secular, como actualmente la democracia francesa, italiana, portuguesa, española, se revuelve contra un sacerdocio, que le disputa el gobierno de la nación, declarándole guerra sin cuartel.

¿Que la democracia comete excesos en ese combate?

¿Quién es el culpable de esos excesos

sino una Iglesia que ha dejado la historia sembrada de los actos de crueldad más feroces que hayan conocido los siglos?

¿No fué ayer cuando las hordas carlistas, dirigidas por curas, pegaban fuego á las iglesias, sin importarles reducir á pavesas las imágenes sagradas, con tal de ver arder á los liberales refugiados en ellas, sin perdonar á las mujeres y los niños?

Veamos, veamos lo que los soldados del catolicismo emperador Carlos V, guiados por un Borbón, esto es, lo que los vasallos de Austria y Borbones, que por singular coincidencia se juntaron en aquella empresa, hicieron en la capital del orbe católico, después de obligar á huir al papa, como más tarde le obligara también á huir Garibaldi.

Reproduzcamos algo de lo que sobre esto escribe en su Historia de España el muy católico D. Modesto Lafuente.

Ya antes del saqueo de Roma dirigido por el duque de Borbón había habido su ensayo dirigido, ¿por quién? Por un catalán, por Hugo de Moncada, enviado por Carlos V á castigar las insolencias del papa. ¿Y qué hizo aquel catalán realista? Oído decir á nuestro historiador:

«Los soldados de Moncada—dice Lafuente—saquearon el Vaticano, la iglesia de San Pedro, una parte del Burgo y las casas de los ministros más adictos al papa.»

Esto pasaba en Septiembre de 1526. El gran asalto de Roma se dió en 6 de Mayo de 1527.

El condestable Borbón, que iba á la cabeza de 40.000 hombres, entre los cuales se contaban terribles alemanes que habían abrazado el luteranismo, á la vista de Roma arengó á sus tropas ofreciéndoles la perspectiva del botín que iban á recoger en la capital del orbe católico y diciéndoles que «la honra del emperador» estaba en sus manos. «En buenas manos!»

Aunque Borbón murió en el asalto mostrando un gran arrojo, sus soldados, encendidos en furor, salvaron la muralla. ¿A qué gritó? ¿Al de la anarquía? No; al grito de «España» é «Imperio»; esto es, al grito de la España laica contra Roma teocrática.

Dueños de Roma los asaltantes, ¿qué hicieron?

«Los templos y los conventos—dice un historiador citado por Lafuente—fueron saqueados, se robó los vasos sagrados, los ornamentos de las iglesias, etc. Todos los conventos fueron violentamente abiertos y despojados, las tumbas violadas, y se quitó al cadáver del papa Julio II un anillo de oro. Todos estos excesos fueron cometidos por españoles é italianos; los españoles se excusaron especialmente con las mujeres y con las doncellas, á la vista de sus padres y amigos.»

Lafuente dice de su parte:

«Cuarenta mil soldados sin jefe, feroces, libertinos y codiciosos; cuarenta mil bandidos recorrieron desafortunadamente las calles, las plazas y los templos de la ciudad santa, robando, saqueando, violando y degollando, sin perdonar ni edad, ni sexo, ni estado, ni clase; y tratando con igual brutalidad á hombres y á mujeres, á cardenales y á sacerdotes, á nobles y á plebeyos, á ancianos y á niños, á casadas y á doncellas.»

¿De donde había salido aquella banda de forajidos? ¿De las logias? ¿De las escuelas laicas? ¿De los clubs anarquistas? No; todos habían sido educados en la religión cristiana, ó mejor, en la religión católica, porque los mismos lateranos procedían del catolicismo y se habían educado á los pechos de la religión de nuestros mayores.

¿Es que cabe imaginar hombres más perversos, más licenciosos, más crueles y sanguinarios que aquellos?

Oído á otro historiador, citado también por Lafuente, narrando lo que pasó en Roma:

«Nos falta aliento—dice—para referir por menor tantos horrores... Soldados ebrios de vino y de lujuria, cubierta la cabeza con una mitra, una estola en sus corazas, amontonando su botín en los templos, haciendo de los altares una mesa para sus orgías, un lecho para sus liviandades; cardenales, aun de los del partido del emperador, paseados en asnos por una soldadesca desenfrenada, abofeteados, torturados, obligados á comprar á precio de oro el resto de una vida que se les dejaba; conventos abandonados á la violación y al pillaje; esposas ultrajadas á presencia de sus maridos; hijas deshonradas á los ojos de sus madres! Por lo demás, estas sangrientas saturnales duraron, no tres días, sino ocho meses. Bajo

la licencia, la avaricia y la crueldad, lo que dominaba era el ODIOS CONTRA EL PONTIFICADO.

Los escándalos dados á la cristiandad indignada, desde lo alto de la cátedra de San Pedro. Las torpezas y los crímenes de Alejandro VI y de los Borgia habían dado su fruto. Roma y el pontificado, mirados con horror por la mitad de Europa, habían dejado de ser santos para el resto de ella. Mientras que los luteranos de Frundsberg proclamaban papa á Martín Lutero bajo los muros del castillo de Sant-Angelo, los españoles aplaudían las parodias burlescas de estos hugonotes que la Inquisición hubiera quemado en Sevilla; ellos recogían con sus fatigadas manos las víctimas que se les escapaban. Más licenciosos que crueles, más groseros que malvados, los alemanes se cansaban pronto de dar tormentos; hartos de vino y de lascivia se dormían como muertos en los conventos de que habían hecho sus serrallos; pero los españoles eran despiadados; habituados desde la infancia al espectáculo del dolor en las fiestas de la inquisición, parecían gozar más en los suplicios que en el vino y en la lujuria.

¿Quién ha enseñado á los españoles á ser crueles? ¿Quién «les ha habituado» al espectáculo de crueldad?

Por míeles que la civilización moderna haya querido verter en ese mar de hiel y veneno vomitado por la Iglesia, no es extraño que no haya podido aún realizar totalmente su empresa dulcificadora y pacificadora.

Pero achacar al infame liberalismo y á la impiedad moderna el desenfreno y la violencia, los propios autores del saqueo de Roma y del saqueo de Cuenca, es un cinismo demasiado repugnante y demasiado odioso.

(De Las Dominicales).

LOS MARROQUÍES Y LOS REACCIONARIOS

El Roghi, el revoltoso pretendiente al trono de Marruecos, ha sido derrotado y hecho prisionero por las tropas imperiales.

En una jaula, sirviendo de escarnio á la multitud, ha entrado en Fez y allí está en su rara prisión esperando que Muley Hafid acabé de una vez.

Algunos mentecatos han dicho que el bárbaro procedimiento es nuevo en la historia de los castigos.

¡Oh, nada de eso! El procedimiento puesto en práctica en el bárbaro y salvaje Marruecos, está copiado de los reaccionarios españoles.

La jarka reaccionaria da lecciones á los más cerriles marroquíes en cuestiones de barbarie.

Al «Empecinado» lo enjaularon en la villa de Roa los bárbaros milicianos realistas, antecesores, en línea recta, de tradicionalistas y clericales.

Después de exhibirlos en la jaula y de insultarlo y escupirlo, le ahorcaron.

Tal hicieron y hacen los reaccionarios españoles y los bárbaros marroquíes.

Todo se sabe

«EL HOMBRE DEL TERRADO»

Todo se sabe, ya se va sabiendo mucho nuevo de la huelga de Barcelona y se va diciendo lo que en un principio se calló por fuerza.

Carlos Miranda nos envía un detalle nuevo hasta cierto punto, el de no haber sido publicado en la prensa y únicamente sabido por cartas y referencias particulares:

«Los hechos han venido á esclarecer cuál era la filiación de los que hacían de terrado trinchera.

En Pueblo Seco fué detenido uno de tales energúmenos. Vestía como los albañiles y llevaba el pantalón y la blusa con grandes manchas de mortero. Mas al detenerse se vió que sus manos estaban cuidadas con esmero impropio de un trabajador de canchales. El arma con que disparaba desde el terrado, era una pistola Browning, de precio. Fué registrado y se le ocupó una cartera de Rusia con mil pesetas en billetes de Banco y la tarjeta de soci. de un Centro Católico.

En otra calle—no recuerdo ahora cuál—fué muerto en otro terrado, por las tropas, un cura disfrazado de obrero.

En una casa de la Rambla de Santa Mónica, próxima al monumento á Colón y situada frente al cuartel de Atarazanas, un hombre se sostuvo tres días disparando incesantemente contra el grueso núcleo de tropas que rodeaba el edificio.

Varias veces se registró el terrado, sin que hubiera en él ser viviente alguno.

Ante la continuidad de los tiros, procedentes de la terraza, se dió orden á los soldados de hacer fuego por descargas contra ella. El tiroteo fué espantoso, horrible, ensordecedor por espacio de varias horas. Al desplomarse una chimenea por la acción de los proyectiles, vióse caer con los escombros á un hombre de figura diabólica, que todavía empuñaba un arma.

De estos casos ha habido muchos, y en bastantes se ha comprobado que el traje de obrero era disfraz sencillamente.

De ahí la creencia, muy extendida, de que esos hombres del terrado querían vengar á las víctimas de los iniciadores del motín, buscando sus represalias en la irritación que produciría á las tropas el disparar desde lo alto.

—De este modo—discurrían ellos seguramente—el ejército arremeterá contra el pueblo, y los incendiarios y saqueadores serán barridos por la metralla.

Y con efecto, algo de lo que ellos pretendían pasó en la calle de San Pablo. Desde una de las terrazas llovió tal fuego granado sobre las tropas y sus jefes, que se hizo precisa la intervención de la artillería. La casa fué horriblemente cañoneada, y allí está en pie, llena de boquetes y desgarrones, como inválido de la guerra.

Desde la fábrica de licores contigua al colegio de Escolapios de la Ronda de San Antonio, el primero que fué incendiado por las turbas, se agredió de palabra y de obra al ejército. Habíanse refugiado allí buen número de afiliados á las asociaciones católicas; el dueño pertenece también á ellas, y hasta se cree que los padres de las escuelas pías participaban en el negocio, y que por una mina secreta pasaron de su residencia á la fabrica.

Lo cierto es que cada una de las ventanas de ésta era una terrible boca de fuego, en que los disparos iban mezclados con las injurias.

La tropa acribilló á balazos el establecimiento; y cuando iba á disponerse al asalto, un grupo de hombres se adelantó y prendió fuego á la fortaleza sin que pudiese aquella impedirlo. Sus defensores desaparecieron por los terrados.

Decidme ahora si esto no fué lo que yo he llamado contrarrevolución, y si es lícito cargar toda la responsabilidad del motín sobre aquellos que lo iniciaron....»

¿Qué dicen á esto los clericales?

(De El Liberal, de Madrid).

HAZAÑAS

El famoso criminal carlista, Manuel de Santa Cruz, conocido por el cura de Santa Cruz, cometió tropelías sin límites cuando arrinconó en la iglesia la Cruz del Redentor y se hizo jefe de una partida bandolera de carlistas.

Sería interminable el narrar las monstruosidades que los partidarios de D. Carlos realizaron, pero véase para muestra algo de lo que hizo el asesino cura carlista:

Sitió un pueblecito defendido por un destacamento de carabineros. Las hordas carlistas quintuplicaban las fuerzas liberales que se batieron defendiéndose heroicamente.

Santa Cruz les propuso la rendición, bajo condición de que entregaran las armas y se les respetaría la vida y la libertad.

Los carabineros se rindieron, menos algunos que, conociendo la ferocidad del cura Santa Cruz, huyeron y se arrojaron á un río, muriendo unos por el fuego de los carlistas, otros ahogados y unos cuantos consiguieron salvarse.

A pesar de la palabra dada á los que se rindieron, el cura asesino mandó fusilarios.

En una ocasión, partió por la cintura á un prisionero, valiéndose de una sierra de carpintería.

Otra vez mandó fusilar, más verdugo que los verdugos, á UNA MUJER EMBARRAZADA.

Con las mujeres solía emplear el siguiente tormento: Desnublábala hasta la cintura y una vez con las carnes al aire las cubría con miel el pecho y la espalda, llenándolas después de plumas.

A otras les cortaba el pelo hasta dejarlo de dos dedos de largo y después les llenaba la cabeza de pez. A otras no se lo cortaba, sino que se lo dejaba caer en melenas tendidas y se lo pegaba con breá á la espalda.

A los hombre que no fusilaba los ponía boca abajo sobre un cesto y los apaleaba hasta quedarlos casi sin vida.

Y así por el estilo son las hazañas de este curita, que corren parejas con las de otros colegas y correligionarios suyos, bandada de lobos rabiosos que la guerra carlista echó al campo.

¡Oh la mansedumbre de los que convierten la cruz, símbolo de paz, en trabuco, señal de bandillaje y de crímenes!

LOS CRÍMENES DEL FANATISMO

Un historiador sevillano, al hablar de los acontecimientos de 1391, dice:

«Tiempo hacia que las predicaciones de un D. Fernando Martínez, arcediano de Ecija, venían fomentando el odio del pueblo de Sevilla contra los judíos, y excitándoles á tomar sangrientas represalias de aquella raza «codiciosa, logrera y usurera»; odio que, al fin, estalló en el mes de Marzo de aquel año en una asonada que llevó el saqueo y las mayores violencias al barrio de la Judería.

«Acudieron á reprimir los desmanes de aquella «canalla alborotada y sin freno» (Mariana), D. Alvar Pérez de Guzmán, señor de Gibralfuente, alguacil mayor de la ciudad y los alcaldes mayores Rui Pérez de Esquivel y Fernán Arias de Cuadros, prendiendo algunos de los alborotadores, dos de los cuales, como más culpables, fueron condenados «á azotes», pena que se les aplicó paseándolos por las calles el día 15 de Marzo, Miércoles de Ceniza.

«Llevólo tan á mal el pueblo, que renovó en este día la sedición con mayor insolencia y escándalo, en términos que el alguacil mayor y el conde de Niebla, que acudiera en su auxilio, se vieron en grave peligro de morir asesinados, como lo fueron algunos judíos, cuyo barrio fué de nuevo saqueado. Tales proporciones tomó la asonada en este día, que la justicia y toda la nobleza de la ciudad tuvieron que acudir al restablecimiento del orden, lo que consiguieron á duras penas, ofreciendo en público pregón perdonar á los culpables.

«Andando los días y creciendo, con la impunidad, la intemperancia de las predicaciones del arcediano de Ecija, renovóse el día 6 de Junio el motín del populacho contra los judíos, y esta vez con tan desapoderado furor que, según refieren Memorias de aquellos tiempos, pasaron de CUATRO MIL las víctimas que alfombraron las calles de la Judería.

«Este nuevo atentado quedó sin castigo, como quedaron otros iguales ó semejantes perpetrados contra aquella raza, que tan odiosa se hiciera á los pueblos en Toledo, Logroño, Valencia, Barcelona y otras ciudades de la Península.

Los historiadores no han conservado las protestas que indudablemente formularían los prelados y personas piadosas de aquel tiempo contra tales saqueos, matanzas, sediciones y atropellos á las autoridades y contra la impunidad de los delinquentes.

Solo consignan la noticia de que el arcediano de Ecija, cuyas furibundas predicaciones no cesaban, fué mandado prender en 1395 por orden del rey, «que le castigó», dice el cronista Gil González Dávila, «porque ninguno con apariencia de pie had no entendiese levantar el pueblo».

Si en este caso el principal instigador de los saqueos y de las matanzas no fué un impío, ni un demagogo, sino un sacerdote, ministro del Señor, en otro no menos señalado de disturbios anárquicos en aquella ciudad, fueron los causantes altísimos y muy religiosos personajes.

Por tratarse de Barcelona, copiaré lo que en brevísimos términos dice D. Víctor Balaguer de aquel suceso, en su obra «Las calles de Barcelona»:

«Otro de los recuerdos que inspira el Call es el de un hecho funestamente célebre. Queremos aludir á la matanza de los judíos en 1391.

«El 1.º de Agosto de dicho año movióse gran tumulto en Barcelona, y el pueblo invadió la Aljama, cegado por un falso celo religioso, entregándose á toda clase de excesos. Las casas de los judíos fueron pasadas á saco, y muchos de ellos miserablemente asesinados. Refugiáronse

los infelices hebreos en el Castillo Nuevo, abandonando sus moradas al furor y codicia de las turbas; pero ni aún allí tuvieron asilo. El populacho, espoleado por el fanatismo religioso, que es el más ciego de los fanatismos, asaltó el Castillo, y sólo á duras penas los judíos allí refugiados pudieron salvar su vida en cambio del bautismo, que se apresuraron á recibir.

«Cuando las autoridades populares pudieron dominar el tumulto y restablecer el orden, «300» cadáveres atestiguaban la ferocidad y rabia del populacho».

¡Qué cosas pasan en Toledo!

Aunque la noticia sea un poco añeja conviene recordarla ahora para que se divulguen los procedimientos que se ponen en práctica en algunos centros de enseñanza.

La prensa de Toledo sacó á relucir la monstruosidad y los periódicos del resto de España la han publicado para conocimiento de las gentes.

Un colegio de frailes ha tenido que emigrar de Toledo.

El escándalo que los fraillucos toledanos han dado, ha sido de tal magnitud que han tenido que salir de allí en medio de la indignación general.

Pero, ¿qué hacían esos fraillotes?

Pues nada, que se dedicaban á la enseñanza... que los alumnos eran inocentes niños... que los frailes son débiles... y viene el diablo... y sopla.

Un bárbaro de un fraile abusó deshonestamente de varios infelices alumnos.

¡Qué cosas enseñan esos frailes de Toledo! ¡Cuidado con la pedagogía frailluna!

DELIRIUM TREMENS

Cuando la charca se revuelve, salen á la superficie todas las podredumbres estancadas.

Ahora que los clericales tienen ocasión de chillar y de agitar, muestran toda la ferocidad que encierran sus almas.

Los clericales van á perder los cascos á fuerza de golpear con sus extremidades.

Una publicación de esa índole, que leo alguna vez que necesito un vomitivo, pide la «represión sangrienta y continua contra los pseudo-intelectuales que combaten al clericalismo y á la religión.»

Es de advertir que para estos señores no hay más intelectuales que los que estudian en Deusto, ó los que se matriculan en alguna Universidad del Estado, pero á condición de pertenecer á la congregación de San Luis Gonzaga, cuyo director espiritual anota los alumnos que han de ser aprobados.

Intelectual es también, según ellos, cualquier seminarista metido á campeón de la buena prensa y que habla de la «geografía católica» y de la «historia natural católica», y se queda tan fresco con estas manifestaciones de su esclarecido meollo.

Todos los demás son pseudo-intelectuales.

Bueno; pues los señores intelectuales de San Luis Gonzaga, no tienen conciencia de donde se hallan, ó han perdido la noción del tiempo.

Estando en el siglo XX, se creen que vivimos en los tiempos en que se puedan ellos dar el gustazo de coger á los que combatimos el clericalismo y nos van á nivelar por los hombros, poniendo nuestras cabezas de macabro adorno en algún muro, á semejanza de lo que hacen los benévolos y mansos marroquíes, ó bien querrán aspirar con fruición el olor á rosabif que despidan nuestras carnes chamuscadas en los fuegos de la Santa Inquisición.

Nada; estos jóvenes intelectuales por la gracia de San Luis Gonzaga, son la mar de tiernos y bondadosos, al par que precoces.

Apenas se les suelta un poco el ala ó la pluma, piden como unos hombricitos al Gobierno «la represión sangrienta y continua contra los anticlericales.»

Nada. ¡El delirio! ¡El delirium tremens que teneis encima!

Como se han puesto en cuanto han oído fateado la sangre.

Jóvenes intelectuales, aprendices de chacales, reprimid vuestros modales y no seáis... impetuosos.